

libertando á los Países-Bajos, no les dejase gozar mucho tiempo de su independencia; y la reunion de la Bélgica á la Francia era sumamente temible para Inglaterra, como que envolvía un peligro para su propia existencia; así que el embajador inglés declaró á Colligny que su reina no consentiría de ningun modo aquella union (1).

Colligny confesó al embajador inglés que tenía razon; y para calmar las inquietudes de Inglaterra le prometió una participacion en los Países-Bajos tal y tan buena como fuese la de Francia. Tanto agradaba la idea de una particion á todas las ambiciones, que los príncipes de Alemania, no ménos recelosos del engrandecimiento de la Francia, y que no veían en la revolucion de los Países-Bajos más que el interes de sus príncipes, propusieron abandonar á la Francia la Flándes y el Artois, que antiguamente la habían pertenecido, ceder la Holanda y la Zelanda á la Inglaterra, y que las otras provincias formasen un principado para la Casa de Orange (2).

Bajo estas bases negociaba en Paris el hábil Walsingham: "tratábase de una perpetua y eterna amistad entre la Inglaterra y la Francia," y era nada ménos que una revolucion política. En efecto, la Inglaterra había sido siempre la aliada de la Casa de Borgoña, cuya alianza iba dirigida contra la Francia; el embajador inglés nos dice las razones en que se apoyaba para proponer á su gobierno que rompiese aquellos lazos tradicionales y formase otros nuevos: "La Casa de Borgoña ha sido hasta estos últimos tiempos inferior á la Inglaterra, y, por consiguiente, ha dependido de ella; pero hoy, que se ha unido á la Casa de Austria, se ha hecho tan poderosa, que de inferior se ha convertido en superior, y de buena y apacible vecina en potencia ambiciosa y temible; ya lo experimentáremos un día si no tomamos ántes precauciones." Walsingham declara que la alianza francesa no será tan provechosa á la Inglaterra como lo era la union con la Casa de Borgoña; pero los intereses religiosos le deciden: "La Casa de Austria es la protectora del papa y la enemiga declarada del Evangelio, que trata sin descanso de extirpar; y como nos-

(1) ELLIS, *Cartas*, serie 2.<sup>a</sup>, t. III, p. 5 (17 de Junio de 1572): "That of all other things we colde least lyke that Frawnshe shulde command Flawnders, for ther in we dyd see apparawnty the greatness of our dainger and therefore in no wayse colde suffer it."

(2) WALSINGHAM, *Cartas y negociaciones*, p. 143.

otros hacemos profesion del Evangelio, debemos oponernos á ella: aliándonos con la Francia, extenderemos el Evangelio, no solamente aquí, sino en otras partes. De este modo, áun cuando esa liga nos procure ménos ventajas en lo temporal, el fruto que puede producirnos en lo espiritual merece, á mi juicio, que nos decidamos por ella," (1). El interes religioso era al mismo tiempo un interes político, porque fortificar la Reforma era debilitar á Felipe II y consolidar el poder siempre negado de Isabel. Walsingham tenía razon en decir "que había que dar gracias á Dios de la buena ocasion que se les ofrecía á los Ingleses para aumento de su gloria y seguridad de su reina."

### N.º 3.—Negociaciones con Inglaterra.

Iba á concluirse la liga, cuando la Saint-Barthélemy difundió el horror al nombre frances en todos los países protestantes. Fué aquél un rayo para los insurrectos de los Países-Bajos. El príncipe de Orange se creyó perdido, puesto que cifraba toda su esperanza en Francia, segun él mismo decía (2). Creyeron los contemporáneos que las horribles matanzas habían sido fruto de una conjuracion real de largo tiempo premeditada. No hay nada de eso: "Las bodas sangrientas fueron una venganza católica y no un golpe de Estado de la monarquía. Si Carlos IX hubiese tenido por objeto exterminar á los hugonotes, hubiera debido cambiar de política despues del 24 de Agosto de 1572, romper con la Alemania protestante y con la reina de Inglaterra para echarse en brazos de Felipe II (a). Y no hubo nada de eso, sino que el rey de Francia fué despues de la Saint-Barthélemy lo que había sido ántes, el rival celoso de la Casa de Austria y el aliado de los protestantes: "Temiendo, segun dice, que si Felipe II sometía los Países-Bajos, nada tuviera la osadía y el poder de oponerse á los designios de la casa imperial, la

(1) WALSINGHAM, *Cartas y negociaciones*, p. 135 y siguientes.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange* (tomo IV, p. 211).

(a) Tampoco comprendemos la fuerza del argumento. ¿Pues no nos ha dicho ántes que las contradicciones no detuvieron jamás á la monarquía francesa, la cual excitaba á la corte de Madrid contra el príncipe de Orange, y de otra parte enviaba socorros á los insurrectos de los Países-Bajos? ¿No nos ha dicho que en Alemania apoyaba á los protestantes y en su reino perseguía de muerte á los hugonotes? Pues siendo así, bastante mejor se explica la hipocresía que el candor de Carlos IX, y más probada está su perfidia que su inocencia.—(N del T.)

cual daría la ley á toda la cristianidad," (1). Carlos IX reanudó las negociaciones con los insurrectos; y abandonados éstos por Isabel, se vieron obligados á tratar con el asesino de sus hermanos, llegando á ofrecerle el protectorado ó la soberanía de los Países-Bajos; pero tuvieron buen cuidado de estipular que el rey "permitiría la religion libre en su reino, sin cavilaciones, sin fraudes ni arterias," exigiendo que esto fuese confirmado "por los estados generales de su reino y los parlamentos, y que la confirmacion se pusiera en manos de los príncipes protestantes de Alemania, con promesa de mantenerla en todo el reino sin pretexto ni subterfugio alguno," (2). Tantas precauciones injuriosas acumuladas en una sola cláusula demuestran cuán profundas eran las desconfianzas que había hecho nacer el monarca frances (a). La negociacion no tuvo éxito,

Otro tanto sucedió en Inglaterra. Carlos IX protestó despues de la Saint-Barthélemy que nada deseaba tanto como ser uno de los mejores amigos de Isabel; pero estaba perdida la confianza en él; el mismo Walsingham tuvo escrúpulos y dudas: "Ahora estoy persuadido, dice, de que lo que habla el rey de Francia y lo que piensa son dos cosas muy diferentes," (3). Desconfiando de la Francia, Isabel se acercó á España y se celebró un tratado de comercio entre los dos reinos. Felipe II se achicaba en Lóndres para embrollar más á la Inglaterra con la Francia (4); pero había entre la reina y el rey de España razones de enemistad demasiado capitales para que fuese posible una alianza política entre ellos. Á pesar de la desconfianza que inspiraba la matanza del 24 de Agosto, los intereses comunes de la Francia y de la Inglaterra reanudaron las negociaciones. Sabido es que Isabel, áun cuando decidida á no casarse nunca, entretuvo al duque de Anjou con un proyecto de matrimonio. En el fondo de esas negociaciones se ocultaba un pensamiento serio, la idea de una alianza política contra la España. La reina hizo la proposicion y escribió á su embajador en Paris:

(1) Carta de Carlos IX á su embajador en España, 17 de Marzo de 1573 (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, t. IV, Suplemento, p. 33).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange* (tomo IV, p. 119 y siguientes).

(a) Y con harta razon.—(N del T.)

(3) WALSINGHAM, *Cartas y negociaciones*, p. 282, 357.

(4) *Corresp. de LA MOTHE FENELON*, 9 y 15 de Noviembre de 1572 (t. V, p. 196, 200).

"Pediréis que en adelante, Nós y el rey estemos unidos toda nuestra vida cordial é íntimamente para el sostenimiento de nuestro rango, de nuestras personas, de nuestros Estados y dignidades; de manera que Nós y el rey seamos en lo futuro amigos de nuestros amigos y enemigos de nuestros enemigos," (1). Isabel se comprometía á auxiliar por bajo de cuerda al duque de Anjou en los Países-Bajos, y al pretendiente Don Antonio en Portugal (2). Las negociaciones continuadas despues con Enrique III fracasaron, porque la reina, al tiempo que quería una liga ofensiva y defensiva con la Francia, rehusaba romper abiertamente con Felipe; consentía en hacerle la guerra por bajo de cuerda, pero en vano trataron sus ministros de inspirarla una resolucion más franca y más decisiva; no quería ni áun oír hablar de una guerra abierta (3). Isabel, que desde léjos parece tan grande, era de una irresolucion y de una estrechez que desesperaban á sus embajadores: Walsingham se lamenta de ello amargamente: "Cuando se apura á S. M. para que se case, parece como que quiere una alianza; y cuando se la pide dinero para la alianza nos habla de su matrimonio," (4). Walsingham, que gastó su propia fortuna en el servicio de su señora, se mostraba ofendido de su tacañería al tratarse del interés de Inglaterra y de la cristiandad, y se atrevió á escribir á la misma reina: "Es extraño que en todas las instrucciones que he recibido durante el curso de la presente negociacion se me ha dado la órden especial de no consentir nada en que haya que hacer gastos... Ruego á V. M. que recuerde que la economía ha perdido á la Escocia; Dios quiera que esa misma economía no os ponga en peligro de perder á Inglaterra," (5).

Los temores de Walsingham estuvieron á punto de realizarse; en el mismo momento en que escribía aquellas palabras, preparaba Felipe II la armada invencible. Si Isabel hubiese celebrado con la Francia la liga ofensiva que sus ministros la aconsejaban, hubiera prevenido la invasion del rey de España. Verdad es que la Inglaterra se salvó; pero

(1) WALSINGHAM, *Cartas y negociaciones*, p. 416.

(2) Carta de Burleigh á Walsingham, 11 de Agosto de 1573 (WALSINGHAM, p. 437).

(3) WALSINGHAM, *Cartas y negociaciones*, p. 440, 463.

(4) Carta de Walsingham á Burleigh, 20 de Agosto de 1581 (WALSINGHAM, p. 473).

(5) Carta de Walsingham á la reina, 2 de Setiembre de 1581 (WALSINGHAM, p. 489).

lo debió á las tempestades tanto como al valor de sus marinos. ¿Por qué resistió la reina á las instancias de sus ministros? ¿Era aquella tacañería estrechez de espíritu? Tal vez había en su resistencia un sentimiento ó un instinto más legítimo; se trataba de ayudar á la Francia á conquistar los Países-Bajos, y esa conquista hubiese hecho de la rival de Inglaterra la potencia preponderante del continente; ¿y podía la reina prestar su mano á un engrandecimiento que constituía para ella un peligro? Es cierto que se la prometía una parte en los despojos; pero la posesion de dos provincias hubiese sido bien precaria, siendo la Francia dueña de las restantes. Ya veremos á Isabel aliada muy tibia de Enrique IV, áun cuando estaba en tela de juicio la existencia del rey de Francia; y con mayor razon se negaba á una alianza cuyo fin era reemplazar la monarquía de España con la dominacion francesa.

#### N.º 4.—Negociaciones con Alemania.

Al mismo tiempo que Carlos IX negociaba una liga con Inglaterra, invitaba á los príncipes protestantes de Alemania á unirse á él contra la Casa de Austria. Bajo el punto de vista de los intereses del protestantismo, los príncipes alemanes deberían entrar en aquella alianza sin vacilar; quizá hubieran prevenido los horrores de la guerra de treinta años y el desmembramiento del imperio. Principiaba la reaccion católica; Felipe II intrigaba en Alemania en favor del catolicismo y de su ambicion; las dos ramas de la Casa de Austria eran solidarias cuando se trataba de la causa de la Iglesia, y reunían todas las fuerzas católicas. Era, por consiguiente, necesario prevenir aquel peligro, uniéndose para adquirir superioridad ó igualdad á lo ménos, única garantía contra todo amago de opresion. Los espíritus previsores no cesaban de predicar la necesidad de la union (1). El rey de Francia propuso á los príncipes protestantes una liga defensiva; segun escribe su embajador Schomberg á la reina madre, "se trataba de abjurar eternamente de la Casa de Austria," (2). El medio infalible de debilitarla en Alemania era el de arran-

(1) Carta del conde Luis de Nassau, 18 de Agosto de 1573 (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, t. IV, Appendix, p. 101).

(2) Otra de Diciembre de 1573 (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. IV, p. 297.)

carla la corona imperial, de la cual, segun decia el rey de Francia, sólo se había servido para amenguar la autoridad y producir la ruina del santo romano imperio (1), haciendo ver á los príncipes que, si continuaban eligiendo un jefe de la Casa de Austria, la dignidad imperial se haria hereditaria, lo cual llevaría consigo la ruina de la libertad alemana, mientras que la eleccion de un emperador protestante acabaría con aquella especie de usurpacion y aseguraría la libertad á la vez que la religion de los reformados. El rey se comprometía á sostener al elegido contra la oposicion probable de Austria y de España (2). Aquello hubiese sido una especie de revolucion; y la oposicion del catolicismo y del protestantismo era tal, que una revolucion ó una guerra se hacian inevitables. Los príncipes protestantes no podían desear cosa mejor, pero no tuvieron la fuerza bastante para obrar en conformidad. Á decir verdad, los negociadores franceses preveían ese resultado; y su verdadero objeto era llevar á los protestantes á que trasfriesen la dignidad imperial á la casa de Valois. Para ello no economizaron promesas: "El rey de Francia, decían, no apetece la corona en interes de su engrandecimiento; desea garantir la libertad de la Alemania y una paz de religion; hasta se compromete á hacer en favor de los Países-Bajos todo cuanto quieran los príncipes alemanes," (3).

Continuadas las negociaciones con Enrique III, se limitaron á vagas promesas (4). Dificultábalas el temor de los príncipes protestantes á la ambicion de la Francia, en lo cual no les faltaba razon. Mientras que Carlos IX trabajaba en sublevar á la Alemania contra la monarquía universal de Felipe II, sus embajadores alimentaban en éste la loca esperanza de llegar á ser monarca del mundo (5). Así es que las promesas francesas inspiraban poquísima confianza á los alemanes: "Nuestros vecinos, dice el landgrave de Hesse, no cumplen su palabra

(1) Carta de Schomberg, en GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. IV, Appendix, p. 109.

(2) Carta del conde Luis de Nassau, en GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. IV, p. 99, 102.

(3) Carta de Schomberg (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. IV, Appendix, p. 110); otra del conde de Nassau á Carlos IX (ib., p. 84); otra del mismo conde al príncipe de Orange (ib., t. IV, p. 279).

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, tomo V, p. 19 y 61.

(5) Carta del embajador de Francia en Madrid á Carlos IX. «Es necesario que V. M. se haga por fuerza y por razon monarca del mundo» (GROEN VAN PRINSTERER, t. IV, Appendix, página 95).

sino en cuanto les tiene cuenta;" y recordando á sus compatriotas la fábula de las ranas pidiendo rey: "Cuenta, les dice, con que la Francia, en vez de salvarnos, no nos subyugue," (1). Esos temores eran legítimos; pero si los príncipes alemanes desconfiaban de los salvadores del otro lado del Rhin, debían haberse puesto en condiciones de ayudarse á sí mismos; no quisieron la alianza francesa, y en lugar de unirse entre ellos, se dividieron más cada vez; por no haber sabido defenderse á tiempo contra la reaccion católica, sufrieron la ley de la Casa de Austria, y en definitiva, sólo se salvaron (a) por medio de una guerra terrible, con la intervencion del extranjero y por una paz desastrosa.

#### N.º 5.—La Francia y los Países-Bajos.

La Francia hubiera podido arruinar á la Casa de Austria sin el apoyo de los protestantes de Alemania, con sólo que hubiera prestado auxilios directos á los rebeldes de los Países-Bajos que, abandonados ó débilmente socorridos por sus correligionarios de Inglaterra ó de Alemania, se vieron obligados á echarse en brazos de la Francia. Ofreciase, por lo tanto, á la ambicion francesa la posesion de las hermosas provincias que tanto ha codiciado despues. La idea general de todos sus políticos desde la segunda mitad del siglo XVI era la de que se necesitaba llevar hasta el Rhin las fronteras de la Francia; idea que, planteada por los reformados, ganó terreno inmediatamente. Pasquier dice que los Países-Bajos eran como el arrabal de París, y tal fué el pensamiento de Napoleon (2). Nunca se habían presentado circunstancias más favorables: los Belgas se entregaban á la Francia; y accediendo á sus deseos, la corona francesa arrancaba á España el cetro de la monarquía universal. Mas para esto se necesitaba un Enrique IV ó un Richelieu, y la Francia estaba gobernada por Enrique III, el más miserable de los Valois, príncipe medio hombre y medio mujer, corrompido y devoto, verjadero tipo de decadencia física y moral que ni tuvo el valor de desempeñar el papel magnífico que se le

(1) Carta del landgrave de Hesse, en GROEN VAN PRINSTERER, t. IV, Appendix, p. 115, 123.

(a) Si salvarse llama Laurent, salvar la Reforma, puede admitirse la frase; darle otro sentido sería un escarnio para la Alemania y pasar demasiada esponja sobre el maquiavelismo de la Francia.—(N. del T.)

(2) Cartas de PASQUIER, lib. V, 1 (sus Obras, t. II, p. 117).

ofrecía, ni era digno de él; su hermano, el duque de Anjou, llamado á la soberanía de los Países-Bajos, no valía mucho más: "Me engañaría fácilmente, decia de él Enrique IV, si no engañase á todos los que de él se fían; tiene el corazon tan doble, el ánimo tan cobarde, el cuerpo tan mal formado, y es tan incapaz de toda clase de virtuosos ejercicios, que no me puedo persuadir que pueda hacer nunca algo generoso," (1). La sorpresa de Ambéres prueba de lo que era capaz: "Esa accion, dice Sully, hizo que se tomase horror á los Franceses y los llenó de oprobio, tal vez de execracion, entre todas las naciones," (2).

Á pesar de esa ruda experiencia, los Belgas se vieron obligados á ofrecer otra vez la soberanía á Enrique III. De Thou nos dice por qué preferían la dominacion de la Francia á la de Inglaterra: temían á los Ingleses, siempre duros é imperiosos, y desconfiaban que, muerta Isabel y sucediéndola los Stuardos, éstos los entregasen á la España. El ilustre historiador cuenta también lo que pasó en los consejos del rey de Francia cuando se pusieron á deliberacion las proposiciones de los rebeldes. No habia que vacilar un instante, puesto que el rey se hallaba en tal situacion que, aceptándolas, engrandecía á la Francia á expensas de España; mientras que, rehusándolas, aniquilaba á la Francia con las guerras civiles alimentadas por España. ¡Y bien! no se encontró un solo cortesano que se atreviese á decir que era tal el objeto del debate; temían unos á los Españoles y otros los favorecían en secreto (3); solamente los protestantes alzaron su voz para hacer ver los verdaderos intereses de la Francia: Duplessis Mornay escribió un *Discurso á Enrique III sobre los medios de disminuir el poder español* (4); estableció la necesidad de una balanza de poder entre los príncipes: "Los Estados, dijo, se juzgan fuertes ó débiles segun la fuerza ó debilidad de sus vecinos; y cuando han llegado á equilibrarse, hay que mantener la balanza si no se quiere que el más débil sea subyugado por el más fuerte. La Casa de Austria se ha acrecentado grandemente en territorios y en reputacion, mientras que la Francia se ha debilitado con sus guer-

(1) *Memorias de SULLY*, t. I, p. 161.

(2) *Memorias de SULLY*, t. I, p. 184.

(3) DE THOU, *Hist. universal*, lib. XXX.

(4) DUPLESSIS MORNAY, *Cartas y memorias*, t. II, pág. 580 y siguientes.

ras civiles; su salud, por lo tanto, exige que se debilite el poder español. Basta que la Francia tome la iniciativa del rompimiento, para que todos los Estados de la cristiandad que viven por efecto del contrapeso y que miran con recelo el engrandecimiento de España se alcen contra la ambición desmedida de la Casa de Austria. Pero esos varoniles consejos no fueron escuchados, y Enrique III, como dice uno de sus embajadores, rechazó la más brillante herencia que ha podido ofrecerse a un príncipe (1).

Una cosa sorprende casi tanto como la repulsa de Enrique III: es la longanimidad de Felipe II frente de las hostilidades incesantes de la Francia. Aquél no dejó de socorrer a los insurrectos de los Países-Bajos, autorizando a su hermano para ponerse a su frente y haciendo por bajo de cuerda lo que no se atrevía a hacer abiertamente. Y Felipe permaneció impasible en presencia de tantas provocaciones. De ello se admiraba y se lamentaba el cardenal Granvela: "Yo no sé, decía, lo que se puede llamar un rompimiento si no lo es lo que los Franceses hacen... Valiera más la guerra abierta que dejarse engañar por palabras, aguantando el mal sin poderlo devolver. El emperador no lo considera así; y cediendo siempre a nuestros enemigos, aumentamos su insolencia," (2). ¿No es bien singular oír a los Españoles acusar la debilidad de su rey en sus relaciones con un príncipe tan miserable como Enrique III? Y el hecho es que Felipe II no dejaba de ser activo; pero prefería la guerra de intrigas a la de los campos de batalla, y en aquella lucha era él el que había tomado la delantera a la Inglaterra y a la Francia; de lo que podría acusarse era más bien de una ambición excesiva que de indolencia y apatía: conquistaba el Portugal, combatía a los rebeldes de los Países-Bajos, se complotaba con los católicos ingleses en contra de Isabel y tenía a sueldo la liga. Pero no se ganan reinos por medio de conjuraciones. Felipe II se vió al fin obligado a desenvainar la espada; pero la guerra no le produjo mejor resultado que la diplomacia: Enrique IV y la reina de Inglaterra eran enemigos superiores a él, no en fuerza material, pero tenían a su favor principios é

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, serie 2.ª, t. I, XXV y L.

(2) Cartas del cardenal Granvela, en GROEN VAN PRINSTERER, t. VIII, p. 111 y sig., 56, 83.

ideas contra los cuales se lucha en vano, principios que Dios protege, el espíritu de nacionalidad y la libertad religiosa. Hé ahí los verdaderos adversarios ante los cuales sucumbió el rey de España. La revolución de los Países-Bajos reunía las dos tendencias: fueron los mendigos, nuestros heroicos antepasados, los que rompieron el formidable cetro de Felipe. De una parte estaban todas las fuerzas de un inmenso imperio; de otra parte, la desunión y la debilidad; pero los débiles tenían a su favor el espíritu de libertad, y los fuertes no tenían más que la unidad del despotismo; los débiles triunfaron de los fuertes; y para que su victoria fuese más brillante, se vieron abandonados ó débilmente socorridos por aquellos mismos que tenían el deber de prestarles apoyo: sola la libertad fué la que venció la tiranía religiosa y política encarnadas en Felipe II.

### § III.—Isabel, Enrique IV y Felipe II.

N.º 1.—*Isabel, Enrique IV y la Reforma.*

#### I.

Felipe II fué el jefe armado del catolicismo; sus naturales adversarios tenían que ser los reyes que habían abrazado la Reforma. Entre éstos figura en primera línea la reina de Inglaterra. Su ilustre contemporáneo, Guillermo de Orange, dice "que estaba por cima de todos los príncipes como defensora de la verdadera religión," (1). Los historiadores modernos han repetido incesantemente esa frase: "Isabel opuso a la liga católica que se formaba en el continente para la restauración de la Iglesia una liga protestante, a la cabeza de la cual se colocó audazmente; y en todas partes donde Felipe II quiso restablecer la antigua creencia, se impuso Isabel la misión de sostener la nueva; pensionó a los príncipes luteranos de Alemania, sostuvo a los lores de la congregación en Escocia, alentó a los hugonotes armados en Francia y auxilió a los rebeldes protestantes de los Países-Bajos; y más hábil ó más feliz que Felipe, hizo triunfar el protestantismo en Inglaterra, en Escocia, en Holanda, é impidió que sucumbiera en Francia," (2).

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la Casa de Orange*, tomo VIII, p. 375.

(2) MIGNET, *Maria Stuart*, c. VIII, IX y XII.—HEEREN, *Historische Schriften*, t. I, p. 141.

Isabel, la más vana de todas las mujeres, era ávida de lisonjas, y los cortesanos no se las economizaron mientras vivió; pero no parece sino que los historiadores quieren continuar la misma tarea después de su muerte, atribuyéndola el mérito de una política generosa, que no estaba en sus sentimientos, y el de resultados que fueron debidos al poder de la Reforma y a los heroicos esfuerzos de sus verdaderos defensores. La protección al protestantismo era casi una cuestión de vida para Isabel: declarada hija bastarda por el soberano pontífice, incapacitada para reinar, y teniendo, además, dentro de su reino una reina católica tenida como heredera legítima del trono por los católicos, aquélla no tenía más tabla de salvación que la de abrazar la Reforma; y no le bastaba sostenerla en Inglaterra, necesitaba sostenerla en el continente; porque si aquí sucumbía, su ruina era indudable en las Islas Británicas, y con la Reforma caía la reina. Ligada de tal modo la suerte de Isabel con la del protestantismo, ¿qué cosa más natural que la de que se colocase a la cabeza de la revolución religiosa, hasta vencer ó morir?

Eso no obstante, falta mucho para que la reina de Inglaterra tomase aquel partido con la decisión que le atribuyen los historiadores en són de elogio. No había persona de menos resolución que la altiva Isabel; siempre indecisa, lo estaba, sobre todo, cuando se trataba de comprometerse a un gran gasto; esto lo dijeron sus contemporáneos en voz baja (1), y alguno de sus ministros se atrevió a decirselo a su vanidosa señora (2). Nosotros opondremos las confidencias íntimas a las lisonjas públicas, y aquellas nos demostrarán que la reina no intervino en favor de los protestantes de Escocia sino con grandísima repugnancia (3). En esas mismas confidencias leemos quejas amargas por el abandono de los hugonotes (4) y por su indiferencia respecto a los Países Bajos (5). Isabel no otorgaba los

(1) Carta de Andrés Christiani al conde Juan de Nassau, 1580 (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VII, p. 217).

(2) WALSHINGHAM escribía en 1578 a Isabel: «Suplico muy respetuosamente a V. M. me permita decirle que aquí se os censura públicamente de que os cuesta trabajo el gastar, aún cuando se trata de vuestra propia seguridad» (*Cartas y memorias*, p. 450).

(3) Carta de Cecil a la reina Isabel (WRIGHT, *The queen Elizabeth*, t. I, p. 24).

(4) DUPLESSIS MORNAY escribía a Walsingham en 1576: «Desde el año 70 acá, la reina no ha gastado un céntimo con los hugonotes» (*Memorias*, t. I, p. 179).

(5) En 1579, Brunynck, secretario del príncipe de Orange, le escribía: «Los representantes de los Estados se han vuelto sin

socorros que se la pedían, pero tampoco los negaba; ó si los rehusaba un día, al siguiente daba esperanzas de concederlos. ¿Cuál era la razón de esas vacilaciones que desesperaban al príncipe de Orange? (1). Se ha supuesto que la reina tenía escrúpulos religiosos, que detestaba a los puritanos tanto como a los católicos; de ahí proviene, se ha dicho, su repugnancia a tomar partido en favor de los calvinistas de Holanda y de Francia. Esos escrúpulos, si es que existían, más bien que religiosos eran políticos, porque, en hecho de verdad, la hija de Enrique VIII no veía en la religión más que una cuestión de soberanía: despótica por naturaleza, se preocupaba de la obediencia de los súbditos más que de todos los dogmas, y ella misma decía que no sabía cómo había podido proteger a rebeldes (2). Isabel tenía otros temores que la contenían. Háse celebrado el valeroso aliento de una mujer que osó afrontar a Felipe II (3). Pero la verdad es que temía al rey de España, y que hizo cuanto pudo para mantenerse con él en paz; cerraba por decirlo así, los ojos a la luz para no ver el peligro que la amenazaba. Si la armada invencible hubiese podido desembarcar, los antiguos tercios de Alejandro Farnesio hubieran encontrado la Inglaterra sin defensa. Isabel no se atrevía a socorrer a los rebeldes por temor de romper con la España. Esa política prudente tenía sus peligros: desesperados los Belgas, ¿no podrían echarse en brazos de la Francia? Pues la reina, por rivalidad nacional, temía aún más ver los Países-Bajos en manos de los Franceses que en las de los Españoles (4); y, en efecto, si la antigua rival de Inglaterra se hubiera visto en posesión de las plazas marítimas de Flándes y de Holanda, ¿qué hubiera sido del comercio de los ingleses? ¿Qué de su predominio en el canal de la Mancha? (5). Por otra parte, la victoria definitiva del rey de España no era menos

obtener nada y no debemos esperar cosa alguna de la reina» (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. V, p. 565).

(1) Carta del príncipe de Orange al conde Juan de Nassau, 1575 (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. V, p. 334).

(2) CAMDEN, *Annales*, ad a. 1575, p. 267.

(3) CAMDEN, *Annales*, ad a. 1575, p. 412: «Belgarum patriocinium palam suscipit, orbis christiani principibus masculam in muliere fortitudinem demirantibus, quæ potentissimo monarchæ quasi bellum denunciare ausa.»

(4) «Si la reina no quiere la vecindad de los Españoles, dice el enviado veneciano LIPPOMANO (1577), todavía gusta menos de la de los Franceses, enemigos natos y rivales de Inglaterra» (TOMASEO, *Relaciones de los embajadores venecianos*, t. II, página 422).

(5) Carta de Burleigh a Walsingham (WALSINGHAM, *Cartas y memorias*, p. 247).